

OJEADA AL DESARROLLO DE LA SEMIOLOGÍA

I

ÉMILE BENVENISTE, en su «Ojeada al desarrollo de la lingüística» (*Coup d'oeil sur le développement de la linguistique*), el bello estudio cuyo título tomo prestado para esta presentación, nos llama la atención sobre el hecho de que «la lingüística tiene un doble objeto: es la ciencia de la lengua y la ciencia de los lenguajes... Es sobre los lenguajes sobre lo que trabaja el lingüista, y la lingüística es, ante todo, una teoría de los lenguajes. Pero... los problemas infinitamente diversos de los lenguajes tienen en común lo siguiente: en cierto grado de generalidad, ponen siempre al lenguaje en tela de juicio». Abordamos el lenguaje como un invariante universal respecto de lenguajes locales variados que son variables en el tiempo y en el espacio. En el mismo orden de cosas, la semiología¹ está llamada a estudiar los diversos sistemas de signos y a destrozarse los problemas que resultan de una comparación metódica de esos diferentes sistemas; es decir, el problema general del *signo*: el signo como noción general con respecto a las clases particulares de signos.

La cuestión del signo y de los signos fue abordada varias veces por los pensadores de la Antigüedad, de la Edad Media y del Renacimiento. Hacia fines del siglo XVII, el famoso ensayo de John Locke, en su capítulo final sobre la división tri-

¹ El texto inglés de Jakobson (que no siempre fue escrito originalmente en esa lengua) usa constantemente el término *semiotics* para lo que en español se llama más frecuentemente *semiología* (v. las explicaciones del propio autor en las pp. 6ss. y 14ss. de este libro). Hemos traducido en general *semiología*, pero hemos usado a veces *semiótica* cuando nos pareció importante conservar la resonancia anglosajona, confiando en que el contexto ayudará a evitar confusiones con el más reciente *sémiotique* del francés y su rápida y previsible españolización. (N. del T.)

partita de las ciencias, promovió este complejo problema al nivel de la última de las «tres grandes provincias del mundo intelectual» y propuso llamarla «σημειωτική» o «Doctrina de los signos», de los cuales los más usuales son las palabras», ya que:

Para comunicar nuestros pensamientos para nuestro propio uso, son también necesarios signos de nuestras ideas. Los que el hombre ha encontrado más convenientes, y por consiguiente utiliza más generalmente, son los sonidos articulados (Libro IV, cap. XXI, sección IV).

Es a las palabras, concebidas como «los grandes instrumentos de la cognición», a su uso y a su relación con las ideas, a las que dedica Locke el tercer libro de su *Essay Concerning Humane Understanding* (1694).

II

Desde el comienzo de sus actividades científicas, Jean Henri Lambert tomó en cuenta el *Essay* y, mientras trabajaba en el *Neues Organon* (1764), que arroja una luz pertinente sobre el desarrollo del pensamiento fenomenológico, se vio profundamente influido por las ideas de Locke, a pesar de tomar una actitud crítica frente a la doctrina sensualista del filósofo inglés (cf. Eisenring, 1942: 7, 12, 48 ss., 82). Cada uno de los dos volúmenes del *Neues Organon* está dividido en dos partes: entre las cuatro del tratado en su conjunto, la tercera —*Semiotik oder Lehre von Bezeichnung der Gedanken und Dinge*, seguido de la *Phänomenologie*— inaugura el segundo volumen (pp. 3-214) de la obra y debe a la tesis de Locke el término *semiótica* así como el tema de la investigación, «la indagación de la necesidad de la cognición simbólica en general y del lenguaje en particular» (§ 6), dado que esa cognición simbólica «es para nosotros un anexo indispensable del lenguaje» (§ 12).

En el prefacio a esta obra, Lambert nos avisa que se ocupa del lenguaje en nueve capítulos de la *Semiotik* (2-10) pero consagra tan sólo un capítulo a los otros tipos de signos, «por-

que el lenguaje no sólo es necesario por sí mismo y extraordinariamente difundido, sino que se presenta con todos los otros tipos de signos». El autor desea consagrarse al lenguaje «a fin de llegar a conocer su estructura más de cerca» (§ 70) y de abordar «la lingüística general, *Grammatica universalis*, que está todavía por buscarse». Nos recuerda

que en nuestro lenguaje lo arbitrario, lo natural y lo necesario están mezclados. El prontuario de la lingüística general debería pues discutir principalmente lo natural y lo necesario, y lo arbitrario en la medida de lo posible, a veces por sí mismo, a veces en nexos estrechos con lo natural y lo necesario.

Según Lambert, la diferencia entre estos tres elementos que se encuentran en los signos revela una estrecha relación con el hecho decisivo de «que las causas primeras del lenguaje están ya por sí mismas en la naturaleza humana», y por consiguiente, este problema exige un examen minucioso (§ 13). El problema del álgebra y de otros sistemas de los lenguajes artificiales de las ciencias con respecto a los lenguajes naturales (*wirkliche Sprachen*) es tratado por Lambert (§ 55 ss.) como una especie de doble traducción (*gedoppelte Übersetzung*).

El libro estudia la diferencia en el uso de signos naturales y arbitrarios (§ 47 y 48); los signos naturales de los afectos (*natürliche Zeichen von Affekten*) son los primeros que llaman la atención (§ 19). Lambert toma en cuenta el papel significativo desempeñado por los gestos, por ejemplo, «a fin de aclarar el concepto, que es oscuro en el alma (mente)... o al menos para dar una indicación suya a nosotros mismos y a los demás», y prevé el alcance semiótico de los *simulacra* (que reaparecerán un siglo después en la lista de Peirce bajo el título de *iconos* o *semblanzas* (*likenesses*) (1588). Lambert plantea la cuestión de los signos cuya estructura interna se funda en relaciones de similitud (*Ähnlichkeiten*) y, al interpretar signos de un orden metafórico, evoca los efectos de la sinestesia (§ 18). A pesar del carácter sumario de sus observaciones sobre la comunicación no verbal, ni la música, ni la coreografía, ni la heráldica, ni el emblema, ni las ceremonias escapan a la mirada del investigador. Las transformaciones de los signos (*Verwandlungen*) y las reglas de su combinación (*Verbin-*

dungskunst der Zeichen) quedan incluidas en la agenda para ulteriores estudios.

III

A la iniciativa creadora de Locke y de Lambert se debe el que la idea y el nombre de la semiótica reaparezcan a principios del siglo XIX. Al principio de su carrera, el joven Joseph Marie Hoene-Wroński, familiarizado con la obra de Locke, esbozó, entre otros ensayos especulativos, una *Philosophie du langage* que no se publicó hasta 1879. El autor, a quien su discípulo Jerzy Braun (1969) relaciona con la fenomenología de Husserl y al que presenta como «el más grande de los pensadores polacos», examina «“la facultad de signación” (*facultas signatrix*)». La naturaleza de los signos (v. p. 38) debe estudiarse ante todo con respecto a las categorías de existencia, es decir, a la *modalidad* (signos propios/signos impropios) y a la *cualidad* (signos determinados/signos indeterminados), y en segundo lugar con respecto a las categorías de producción, es decir a la *cantidad* (signos simples/signos compuestos), a la *relación* (signos naturales/signos artificiales) y la *unión* (signos mediatos/signos inmediatos). Según el programa de Hoene-Wroński, es la «perfección de los signos» («*perfection of language*» en términos de Locke, «*Vollkommenheit der Zeichen*» según Lambert) la que constituye «el objeto de la *séméiotique*» (p. 41). Debe notarse que esta teoría reduce el campo de la «signación» a actos cognitivos: «Esta signación es posible, ya sea para la forma sensorial o para el contenido sensorial o inteligible de los objetos de nuestros conocimientos», mientras que «la signación de los actos de voluntad y de sentimiento» parece ser «imposible» (p. 38 ss.).

IV

El filósofo de Praga Bernard Bolzano, en su obra fundamental *Teoría de la ciencia* (*Wissenschaftlehre*) (1837), sobre todo en el último de sus cuatro volúmenes, reserva un gran espacio a la semiótica. El autor cita a menudo el *Essay* de Locke y el

Neues Organon y descubre en los escritos de Lambert «sobre semiótica... muchas observaciones muy estimables», aunque son de poca utilidad «para el desarrollo de las reglas más generales del discurso científico», que es una de las metas que se propone Bolzano (§ 698).

El mismo capítulo de la *Teoría de la ciencia* lleva dos títulos, uno de los cuales —*Semiotik*— aparece en el índice (vol. IV, p. XVI), mientras que el otro —*Zeichenlehre*— encabeza el comienzo del texto (p. 500); el § 637, que sigue, identifica ambas designaciones: la teoría de los signos o semiótica (*Zeichenlehre oder Semiotik*). Si en este capítulo y en varias otras partes de la obra el autor dedica su atención, sobre todo, al examen de la perfección de los signos (*Vollkommenheit oder Zweckmässigkeit*) y en particular de los signos que sirven al pensamiento lógico, es al comienzo del tercer volumen cuando Bolzano trata de introducir al lector a las nociones fundamentales de la teoría de los signos a lo largo del § 285 (pp. 67-84), que rebosa de ideas y se intitula «La designación de nuestras representaciones» (*Bezeichnung unserer Vorstellungen*).

Este § empieza con una definición bilateral del signo: «Un objeto... a través de cuya concepción deseamos conocer de manera renovada otra concepción conectada con aquélla en un ser pensante es lo que llamamos un *signo*». Sigue toda una cadena de conceptos gemelos, algunos de los cuales son muy nuevos, mientras que otros que remiten a sus fuentes anteriores son especificados y ampliados de manera novedosa. Los pensamientos semióticos de Bolzano sacan así a luz la diferencia entre el significado (*Bedeutung*) de un signo como tal y el sentido (*Sinn*) que ese signo adquiere en el contexto de la circunstancia presente, y luego la diferencia entre el signo (1) producido por el emisor (*Urheber*) y (2) percibido por el receptor que, por otra parte, oscila entre la comprensión y la incompreensión (*Verstehen und Missverstehen*). El autor hace una distinción entre la interpretación pensada y expresada del signo (*gedachte und sprachliche Auslegung*), entre signos universales y particulares, entre signos naturales y accidentales (*natürlich und zufällig*), arbitrarios y espontáneos (*willkürlich und unwillkürlich*), auditivos y visuales (*hörbar und sichtbar*), simples (*einzel*) y compuestos (*zusammengesetzt*, que significa «un todo cuyas partes son a su vez signos»), entre

unisémicos y polisémicos, propios y figurativos, metonímicos y metafóricos, mediatos e inmediatos; a esta clasificación añade lúcidas notas a pie de página sobre la importante distinción que debe hacerse entre signos (*Zeichen*) e indicios (*Kennzeichen*) que carecen de emisor, y finalmente sobre otro tema apremiante, la cuestión de la relación entre la comunicación interpersonal (*an Andere*) e interna (*Sprechen mit sich selbst*).

V

El estudio del joven Edmund Husserl *Zur Logik der Zeichen (Semiotik)*, escrito en 1890 pero inédito hasta 1970, es una tentativa de organizar las categorías del signo y contestar a la cuestión de saber en qué sentido el lenguaje, es decir, nuestro más importante sistema de signos, «favorece y, por otro lado, a la vez inhibe el pensamiento». La crítica de los signos y su mejoramiento se conciben como una tarea urgente a la que se enfrenta la *lógica*:

Una mirada más profunda sobre la naturaleza de los signos y de las artes permitiría (a la lógica) ir más allá en esos métodos de procedimiento simbólico a los que no ha llegado todavía la mente humana, es decir, a establecer las leyes de su invención.

El manuscrito de 1890 contiene una referencia al capítulo «*Semiotik*» de la *Teoría de la ciencia* del que se dice que es *wichtig* (p. 530); apuntando a dos metas, una estructural y la otra normativa, Husserl sigue de hecho en este ensayo el ejemplo de Bolzano, al que llamará más tarde uno de los más grandes lógicos de todos los tiempos. En las ideas semióticas de las *Investigaciones lógicas* pueden encontrarse «instigaciones decisivas de Bolzano» reconocidas por el fenomenólogo; y el segundo volumen de las *Investigaciones*, con su importante tratado de semiótica general constituida como sistema, ejerció una profunda influencia en los comienzos de la lingüística estructural. Como lo indica Elmar Holenstein, Husserl escribió varias notas en los márgenes del § 285 de su ejemplar de la *Teoría de la ciencia III* de Bolzano y subrayó el término *Semiotik* y su definición en el *Ensayo* de Locke en su traduc-

ción alemana (*Über den menschlichen Verstand* (Leipzig, 1897).

VI

Para Charles Sanders Peirce (1839-1914), la naturaleza de los signos siguió siendo desde 1863 (cf. V.488 y VIII.376) uno de los temas de estudio favoritos, especialmente a partir de la época de su magnífica profesión de fe —«Sobre una nueva lista de categorías»— que fue publicada en 1967 por la Academia Norteamericana de Artes y Ciencias (cf. I.545-559), seguida después por ingeniosas colaboraciones en el *Journal of Speculative Philosophy* (cf. V.213-317), y finalmente recopiladas materialmente en 1909-10 para su volumen inconcluso *Essays on meaning* (cf. II.230-32; VIII.300; Lieb, 1953: 40).

Es notable que a través de toda la vida del pensador, la concepción que subyace bajo sus continuos esfuerzos por establecer una ciencia de los signos ganó en profundidad y en amplitud, y permaneció simultáneamente firme y unificada. En cuanto a la «*semiotic*», «*semeiotic*» o «*semeotic*», sólo asoma en los manuscritos de Peirce en los últimos años del siglo; es en esa época cuando la teoría «de la naturaleza esencial y variedades fundamentales de semiosis posibles» captura la atención de este gran investigador (I.444; V.488). Su inserción del griego σημεῖωτική, así como la concisa definición «teoría de los signos» (II.277) nos pone en la pista de Locke, cuyo celebrado *Essay* es aludido y citado a menudo por el partidario de su doctrina. A pesar de la maravillosa profusión de hallazgos originales y saludables en la semiótica de Peirce, éste permanece estrechamente ligado a sus precursores: Lambert, «el más grande lógico formal de aquellos tiempos» (II.346), cuyo *Neues Organon* cita (IV.353), y Bolzano, al que conoce por su «valiosa contribución a la lucidez de los conceptos humanos» y por su «trabajo sobre lógica en cuatro volúmenes» (IV.651).

Sin embargo, Peirce declara con razón: «Que yo sepa, soy un pionero, o más bien un hombre del monte, atareado en des-

montar y abrir lo que yo llamo *semiótica*... y encuentro el campo demasiado vasto, la tarea demasiado grande para un recién llegado» (V.488). Es él «el más inventivo y el más universal de los pensadores norteamericanos» (cf. Jakobson, 1965: 346), el que supo cómo delinear argumentos conclusivos y desbrozar el camino para erigir a riesgo propio el marco de la ciencia que habían anticipado y previsto dos siglos de pensamiento filosófico europeo.

El edificio semiótico de Peirce encierra toda la multiplicidad de fenómenos significativos, ya sea una llamada a la puerta, la huella de un pie, un grito espontáneo, una pintura o una partitura musical, una conversación, una meditación silenciosa, un trozo de escritura, un silogismo, una ecuación algebraica, un diagrama geométrico, una veleta o una simple señal de libro. El estudio comparativo de varios sistemas de signos llevado a cabo por el investigador reveló las convergencias y divergencias fundamentales que hasta entonces habían permanecido inadvertidas. Las obras de Peirce demuestran una perspicacia particular cuando el autor trata de la naturaleza categórica del lenguaje en los aspectos fónico, gramatical y léxico de las palabras, así como en sus arreglos dentro de las cláusulas, y en la disposición de las cláusulas con respecto a los enunciados. Al mismo tiempo, el autor se da cuenta de que su investigación «debe extenderse a todo el conjunto de la semiótica general», y advierte a su interlocutora epistolar, Lady Welby: «Quizá está usted en peligro de caer en algún error por limitar tanto sus estudios al lenguaje» (Lieb, 1953: 39).

Desgraciadamente la mayoría de los escritos semióticos de Peirce se publicaron sólo en la cuarta década de nuestro siglo; es decir, alrededor de veinte años después de la muerte del autor. Se necesitó casi un siglo para imprimir algunos de los textos; así el asombroso fragmento de uno de los cursos de Peirce dado en 1866-67 —«Conciencia y lenguaje»— apareció por primera vez en 1958 (VII.579-96); notemos que siguen quedando en el legado de Peirce numerosas piezas inéditas. La tardía publicación de sus obras, que aparecieron dispersas y en fragmentos en la maraña de los *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, vols. I-VIII, fue obstáculo durante mucho tiempo para una comprensión completa y exacta de sus preceptos y retardó desgraciadamente su influencia efectiva sobre

la ciencia del lenguaje y el desarrollo armonioso de la semiótica.

Los selectores y comentadores de esos fragmentos se han equivocado a menudo sobre los términos fundamentales introducidos por Peirce, aunque son indispensables para la comprensión de su teoría de los signos y aunque esos términos, aun siendo forzados ocasionalmente, reciben, sin embargo, una definición que es siempre muy clara en el texto del autor. Así las designaciones *interpretador* e *interpretante* han dado lugar a una desdichada confusión a pesar de la distinción que hace Peirce entre el término *interpretador*, que designa al receptor y descodificador de un mensaje, y el término *interpretante*, es decir, la clave que utiliza el receptor para entender el mensaje que recibe. Según ciertos popularizadores, el único papel atribuido al *interpretante* en la doctrina de Peirce consiste en clarificar cada signo mediante el contexto mediador, cuando en realidad el valeroso «pionero» de la semiótica más bien nos pide «distribuir, en primer lugar, el Interpretante Inmediato, que es el interpretante tal como se revela en la comprensión correcta del signo mismo, y se llama ordinariamente el *significado* (*meaning*) del signo» (IV.536). En otras palabras, es «todo lo que está explícito en el signo mismo, aparte de su contexto y las circunstancias de su emisión» (V.473); toda significación no es sino la «traducción de un signo en otro sistema de signos» (IV.127). Peirce arroja luz sobre la capacidad de todo signo de ser traducible en una serie infinita de otros signos que, bajo ciertos aspectos, son siempre mutuamente equivalentes (II.293).

Según esta teoría, el signo no exige nada más que la posibilidad de ser interpretado incluso en ausencia de un emisor. Los síntomas de enfermedad son también, por consiguiente, considerados como signos (VIII.185, 335) y en cierto punto la semiología médica se codea con la semiótica, la ciencia de los signos.

A pesar de todas las diferencias en la presentación de los detalles, la bipartición del signo en dos facetas conjuntas y, en particular, la tradición estoica, que concibe el signo (*σημείον*) como una referencia por parte del *signans* (*σημαίνων*) al *signatum* (*σημαινόμενον*), sigue siendo sólida en la doctrina de Peirce. Conforme a esta tricotomía de los modos semióticos y

con los nombres más bien vagos que les da: (1) el *indicio* es una referencia del *signans* al *signatum* por virtud de una contigüidad efectiva; (2) el *icono* es una referencia del *signans* al *signatum* por virtud de una similaridad efectiva; (3) el *símbolo* es una referencia del *signans* al *signatum* por virtud de una contigüidad «imputada», convencional, habitual. Consiguientemente (cf. en particular II.249, 292 ss., 301, y IV.447 ss., 537), «el modo de ser del símbolo es diferente del del icono y del del indicio». A diferencia de estas dos categorías, el símbolo como tal no es un objeto; no es sino una regla-marco que debe distinguirse claramente de su funcionamiento en la forma de «réplicas» u «ocurrencias», que es como Peirce trata de definirlos. La elucidación del carácter genérico que califica a la vez a los *signantia* y a los *signata* en el código del lenguaje (cada uno de estos aspectos «es una clase y no una sola cosa») ha abierto nuevas perspectivas al estudio semiótico del lenguaje.

Ahora bien, la tricotomía en cuestión ha dado lugar también a puntos de vista erróneos. Se ha intentado atribuir a Peirce la idea de la división de todos los signos humanos en tres clases rigurosamente separadas, mientras que el autor considera únicamente tres modos, uno de los cuales «predomina sobre los otros» y, en un sistema dado, se encuentra ligado a menudo con los otros dos modos o con cualquiera de ellos. Por ejemplo:

Un símbolo puede llevar un icono o un indicio incorporado en sí (IV.447). Es deseable a menudo que un *representamen* ejerza una de estas tres funciones con exclusión de las otras dos; pero los más perfectos de los signos son aquellos en que los caracteres icónicos, indicativos y simbólicos están mezclados tan equitativamente como sea posible (IV.448). Sería difícil, sino imposible, mostrar un indicio absolutamente puro, o encontrar cualquier signo absolutamente privado de la cualidad indicial (II.306). Un diagrama, aunque tendrá ordinariamente Rasgos Simboloides, así como rasgos que se acerquen a la naturaleza de los Indicios, es, sin embargo, principalmente un icono (IV.531).

En sus sucesivas tentativas de establecer una clasificación completa de los fenómenos semióticos, Peirce terminó por

esbozar una tabla consistente en 66 divisiones y subdivisiones (cf. Lieb, 1935: 51-53), que abarca la acción «de casi cualquier clase de signo» —acción conocida bajo el antiguo nombre de *σημείωσις*—. El lenguaje ordinario y los diversos tipos de lenguajes formalizados encuentran su lugar en la semiótica de Peirce, que subraya no sólo la primacía de la relación simbólica entre el *signans* y el *signatum* en los datos lingüísticos, sino al mismo tiempo la copresencia de la relación icónica e indicial.

VII

La contribución de Ferdinand de Saussure al progreso de los estudios semióticos es evidentemente más modesta y más restringida. Su actitud frente a la *science des signes*, y el nombre de *sémiologie* (o esporádicamente *signologie*, cf. 1974: 47 ss.) que le impuso inmediatamente, se mantiene, al parecer, enteramente fuera de la corriente creada por hombres tales como Locke, Lambert, Bolzano, Peirce y Husserl. Puede decirse sumariamente que ni siquiera conoció sus investigaciones en semiótica. Sin embargo, en sus lecciones pregunta: «¿Por qué no ha existido la semiología hasta ahora?» (1967: 52). La cuestión del precedente que pudo haber inspirado el programa construido por Saussure sigue sin respuesta. Sus ideas sobre la ciencia de los signos han llegado solamente hasta nosotros bajo la forma de notas escasas, la más antigua de las cuales data de la década de 1890 (cf. Godel, 1957: 275), y en los dos últimos de sus tres cursos de lingüística general (Saussure, 1967: 33, 45-52, 153-55, 170 ss.).

Desde fines del siglo pasado, Saussure trató de alcanzar, según sus propios términos, «una idea correcta de lo que es un sistema semiológico» (cf. Godel, 1957: 49) y de descubrir los rasgos «del lenguaje, como del sistema semiológico general en su conjunto» (Saussure, 1954: 71), a la vez que tenía en mientes principalmente los sistemas de «signos convencionales». La más antigua de las observaciones de Saussure sobre la teoría de los signos trata de aplicarla al nivel fónico del lenguaje; con una claridad superior al tratamiento del mismo asunto en su enseñanza ulterior, esas tesis permiten la emergencia de

la relación entre el sonido y la idea, el valor semiológico del fenómeno (que) puede y debe estudiarse fuera de toda preocupación histórica, (de donde) el estudio del estado de lengua en el mismo nivel está perfectamente justificado (y es incluso necesario, aunque haya sido desatendido y mal entendido) en la medida en que nos enfrentamos con hechos semiológicos (cit. en Jakobson, 1973: 294).

La ecuación *Fonema = Valor semiológico* se coloca a la cabeza de la *phonétique sémiologique*, la nueva disciplina prevista por Saussure al comienzo de sus actividades en la Universidad de Ginebra (*ibid.* 292 y 294).

La única mención de las ideas semiológicas de Saussure que apareció durante su vida es un breve sumario que su pariente y colega Ad. Naville da en un libro de 1901 (capítulo 5). El texto del *Cours de linguistique générale*, publicado en 1916 por Charles Bally y Albert Sechehaye a partir de apuntes tomados por miembros del auditorio de Saussure está tan reelaborado y retocado por los editores que da pie a numerosos errores en la enseñanza del maestro. En la actualidad, gracias a la bella edición crítica de Rudolf Engler (1967), podemos comparar los testimonios directos de los estudiantes de Saussure y obtener una idea mucho más verídica y precisa del texto original de sus charlas.

A diferencia de Peirce y de Husserl, que fueron ambos conscientes de haber echado las bases de la semiología, Saussure habla de la semiología únicamente en futuro. Según las notas sobre los cursos de Saussure entre 1908 y 1911, que fueron reunidas por diferentes estudiantes (cf. 1967: XI), el lenguaje es, ante todo, un sistema de signos, y por consiguiente, debe clasificarse como una ciencia de los signos (p. 47). Esta ciencia está apenas desarrollada. Saussure propone llamarla *sémiologie* (del griego *σημεῖον*, *signo*). No puede decirse lo que será esta ciencia de los signos, pero es nuestra tarea decir que es digna de existir y que la lingüística ocupará el compartimiento principal de esa ciencia; «ésta será un caso particular del gran hecho semiológico» (p. 48). Los lingüistas tendrán que distinguir las características semiológicas del lenguaje a fin de situarlo apropiadamente entre los sistemas de signos (p. 49); la tarea de la nueva ciencia será sacar a la luz las diferen-

cias entre estos diversos sistemas así como sus características comunes —«habrá leyes generales de la semiología» (p. 47).

Saussure subraya el hecho de que el lenguaje está lejos de ser el único sistema de signos. Hay muchos otros: la escritura, las señales visuales náuticas, las señales de trompeta militares, los gestos de cortesía, las ceremonias, los conjuntos de ritos (pp. 46 ss.); a los ojos de Saussure, «las costumbres tienen un carácter semiológico» (p. 154). Las leyes de transformación de los sistemas de signos tendrán analogías enteramente tópicas con las leyes de transformación de la lengua; y por otro lado, estas leyes revelarán enormes diferencias (pp. 45, 49). Saussure vislumbra ciertas desemejanzas en la naturaleza de diferentes signos y en su valor social: el factor personal o impersonal, un acto deliberado o un acto inconsciente, la dependencia o independencia respecto de la voluntad individual o social, la ubicuidad o la limitación. Si se comparan los diferentes sistemas de signos con la lengua, se verán, según Saussure, los aspectos emergentes que no se sospechaban: al estudiar los ritos o cualquier otro sistema separadamente, observará uno que todos estos sistemas remiten a un estudio común: el de la vida específica de los signos, la semiología (p. 51).

Conforme a la tesis que Saussure sostuvo desde los tiempos en que preparaba en 1894 un estudio inconcluso sobre William Dwight Whitney (cit. por Jakobson, 1973: 279 ss.), «la lengua no es sino un *caso particular* de la Teoría de los Signos», y

ésta será la principal respuesta del estudio del lenguaje en la teoría de los signos, éste será el horizonte siempre nuevo que habrá abierto: haber enseñado y revelado a la Teoría de los Signos *un lado enteramente otro y enteramente nuevo del signo*; es decir, que el signo no empieza a conocerse de veras sino cuando hemos visto que no es sólo una cosa transmisible, sino que por su naturaleza misma es una cosa *destinada a transmitirse*.

(y que, por lo tanto, en términos de Peirce, exige la participación de un «intérprete»).

Ahora bien, al mismo tiempo, Saussure coloca la «naturaleza particularmente compleja de la semiología del lenguaje hablado» (*loc. cit.*) en oposición a los otros sistemas semioló-

gicos. De acuerdo con la doctrina saussureana, estos dilemas utilizan signos que tienen por lo menos un nexo básico de referencia entre el *signatum* y el *signans*, *iconos* en la terminología de Peirce, *símbolos* según los llamará más tarde el *Curso* de Saussure: «El símbolo es un signo, pero no siempre completamente arbitrario» (1967: 155). Por el contrario, la lengua es «un sistema de símbolos independientes». Así, en 1894, los signos puramente convencionales y, como tales, «arbitrarios», son los que Peirce llamaba *símbolos* (o *legisignos*). Según las antiguas notas de Saussure, «los símbolos independientes poseen la característica particular esencial de no presentar ninguna clase de conexión perceptible con el objeto por designar». El resultado es que «quien aventure el pie en el terreno de la lengua puede considerarse abandonado por todas las analogías del cielo y la tierra» (Jakobson, 1973: 153 ss.).

Aunque Saussure se inclina a ver la preocupación principal de la semiología en los «sistemas arbitrarios», esta ciencia, afirma, verá crecer constantemente su campo, y es difícil predecir dónde se detendrá la semiología (1967: 153 ss.). La «gramática» del juego de ajedrez, con el valor respectivo de sus piezas, autoriza a Saussure a comparar juego y lengua y a concluir que en estos sistemas semiológicos «la noción de identidad se imbrica con la de valor, y viceversa» (*ibid.*, 249).

Éstas son precisamente las cuestiones relacionadas con identidades y valores que, según una astuta anotación apuntada por Saussure a principios de siglo, parecen ser decisivas en los estudios míticos, tales como «el terreno del parentesco de la lingüística»; en el nivel de la semiología

todas las incongruencias de pensamiento brotan de una reflexión insuficiente sobre lo que es la *identidad*, o cuáles son las características de la identidad, cuando hablamos de un ser inexistente como una *palabra* o un *personaje mítico* o una *letra del alfabeto*, que son sólo diferentes formas del signo en un sentido filosófico.

«Estos símbolos, sin que lo notemos, están sujetos a las mismas vicisitudes y a las mismas leyes que todas las otras series de símbolos... —Son parte de la semiología» (cf. Starobinski, 1971: 15). La idea de este ser semiológico que no existe *en sí*

mismo «en ningún momento» (*à nul moment*) (1972: 277) es adoptada por Saussure en su curso de 1908-9, en el que proclama «la determinación recíproca de valores por su coexistencia misma», añadiendo que no hay seres semiológicos aislados, y que semejante determinación puede ocurrir únicamente en un nivel sincrónico, «porque un sistema de valores no puede estar a horcajadas sobre una sucesión de épocas» (*ibid.*, 304).

Los principios semiológicos de Saussure durante los últimos veinte años de su vida demuestran su impresionante tenacidad. Los bocetos de 1894, citados anteriormente, se abren con una inflexible afirmación:

El objeto que sirve de signo no es nunca el mismo dos veces: necesita uno inmediatamente un examen o una convención inicial para saber dentro de qué límites y en nombre de qué tenemos derecho a llamarlo el mismo; en eso consiste su diferencia fundamental con un objeto ordinario.

Estas notas insisten en el papel decisivo del «plexo de diferencias eternamente negativas», el principio último de no-coincidencia en el mundo de los valores semiológicos. Al abordar los sistemas semiológicos, Saussure trata de «objetar a lo que vino antes», y en 1894 se refiere gustoso a la comparación entre los estados sincrónicos en la lengua y el juego de ajedrez. La cuestión del «carácter antihistórico de la lengua» servirá incluso de título a las últimas notas saussureanas de 1894 (*ibid.*, 282) y, podríamos añadir, a todo su pensamiento sobre los aspectos semiológicos de la lengua y de todas las *créations symboliques* (cf. sus notas publicadas por Avalle, 1973: 28-38). Tales son los dos principios entrelazados de la lingüística saussureana: *l'arbitraire du signe* y la concepción obstinadamente «estática» del sistema —que estuvo a punto de bloquear el desarrollo de la *sémiologie générale* que el maestro había previsto y esperado (cf. Saussure, 1967: 170 ss.).

Ahora bien, la idea vital de la invariancia semiológica que sigue siendo válida a través de todas las variaciones circunstanciales e individuales queda aclarada por Saussure gracias a una feliz comparación de la lengua con la sinfonía: la obra musical es una realidad que existe independientemente de la

variedad de ejecuciones que hagan de ella: «Las ejecuciones no tocan al estatuto de la obra misma». «La ejecución de un signo no es su característica esencial», como señala Saussure; «la ejecución de una sonata de Beethoven no es la sonata misma» (1976: 50, 53 ss.). Nos encontramos frente a la relación entre *langue* y *parole* y frente al nexo análogo entre la «univocidad» de la obra y la multiplicidad de sus interpretaciones individuales. Erróneamente, en el texto arreglado por Bally y Sechehaye, estas (interpretaciones) se presentan como «errores que (los ejecutantes) pueden cometer».

Saussure debe haber pensado que en semiología los signos «arbitrarios» iban a ocupar un lugar fundamental, pero sería inútil buscar en las notas de sus estudiantes la afirmación que da el texto de Bally-Sechehaye, a saber: «Los signos que son enteramente arbitrarios actualizan el ideal del proceso semiológico mejor que otros signos» (1967: 154).

En su visión expansionista de la ciencia en proceso (*science en devenir*), Saussure va tan lejos como para admitir que «todo lo que comprende formas debe entrar en la semiología» (*loc. cit.*). Esta sugerencia parece anticipar la idea actual del topólogo René Thom (1974), que se pregunta si no debemos intentar desarrollar inmediatamente una «teoría general de las formas, independiente de la naturaleza específica del espacio del sustrato» (p. 244 ss.).

VIII

La relación de la ciencia de la lengua y los lenguajes con la del signo y los diferentes signos fue definida breve y explícitamente por el filósofo Ernst Cassirer en su informe al Círculo Lingüístico de Nueva York, señalando que «la lingüística es parte de la semiología» (1945: 115).

No cabe duda que los signos pertenecen a un campo que es distinguible en ciertas correspondencias del de todos los otros aspectos del mundo que nos rodea. Todos los sectores de este campo necesitan explorarse, teniendo en cuenta las características genéricas y las convergencias y divergencias entre los varios tipos de signos. Toda tentativa de estrechar los límites de la investigación semiológica y excluir de ella ciertos tipos de sig-

nos amenaza con dividir la ciencia de los signos en dos disciplinas homónimas; a saber, la *semiología* en su sentido más amplio, y otra materia, de idéntico nombre pero tomada en su sentido más estrecho. Por ejemplo, podríamos desear promover a una ciencia específica el estudio de los signos que llamamos «arbitrarios», tales como los de la lengua (según se supone), aunque los símbolos lingüísticos, como demostró Peirce, pueden relacionarse fácilmente con el *icono* y con el *indicio*.

Quienes consideran el sistema de los signos de la lengua como el único conjunto digno de ser objeto de la ciencia de los signos caen en un razonamiento circular (*petitio principii*). El egocentrismo de los lingüistas que insisten en excluir de la esfera de la semiología los signos que están organizados de una manera diferente que los de la lengua, reduce de hecho la semiología a un simple sinónimo de la lingüística. Sin embargo, los esfuerzos por restringir el alcance de la semiología van a veces incluso más lejos.

En todos los niveles y en todos los aspectos de la lengua, las relaciones recíprocas entre las dos facetas del signo, el *signans* y el *signatum*, es siempre fuerte, pero es evidente que el carácter del *signatum* y la estructuración del *signans* cambian de acuerdo con el nivel del fenómeno lingüístico. El papel privilegiado del oído derecho (y, más propiamente, el del hemisferio izquierdo del cerebro) únicamente en la percepción de los sonidos del lenguaje es una manifestación primaria de su valor semiológico, y todos los componentes fónicos (ya sean rasgos distintivos, o elementos demarcativos, o estilísticos, o incluso estrictamente redundantes) funcionan como signos pertinentes, cada uno equipado con su propio *signatum*. Cada nivel superior acarrea nuevas particularidades de significado; cambian sustancialmente a medida que suben en la escala que lleva desde el fonema al morfema y de allí hasta las palabras (con toda su jerarquía gramatical y léxica), y siguen luego a través de varios niveles de estructuras sintácticas hasta la oración, después hasta las agrupaciones de oraciones en el enunciado y finalmente hasta las secuencias de enunciados en diálogo. *Cada uno* de estos estadios se caracteriza por sus propiedades claras y específicas y por su grado de sumisión a las reglas del código y los requerimientos del contexto. Al mismo

tiempo, cada parte participa, en la medida de lo posible, en el significado del conjunto. La cuestión de saber lo que significa un morfema, o lo que significa una palabra, una oración o un enunciado dados, es igualmente válida para todas estas unidades. La relativa complejidad de signos tales como un período sintáctico, un monólogo o una interlocución no cambia el hecho de que en cualquier fenómeno de lenguaje todo es signo. Los rasgos distintivos o el conjunto total de un discurso, las entidades lingüísticas, a pesar de las diferencias estructurales en función y en alcance, son todos tema de una ciencia común, la ciencia de los signos.

El estudio comparativo de los lenguajes naturales y formalizados, y sobre todo de la lógica y las matemáticas, pertenecen también a la semiología. Es aquí donde el análisis de las varias relaciones entre código y contexto ha abierto ya amplias perspectivas. Además, la confrontación de la lengua con «estructuras modelantes secundarias» y con la mitología apunta particularmente a una rica cosecha y pide mentes capaces para emprender un tipo de trabajo análogo que intente abarcar la semiología de la cultura.

En esta investigación semiológica que atañe a la cuestión de la lengua, tendremos que cuidarnos de la aplicación imprudente de las características especiales de la lengua a otros sistemas semiológicos. Al mismo tiempo, debemos evitar negarle a la semiología el estudio de sistemas de signos que tienen poca similitud con la lengua y proseguir esta actividad de ostracismo hasta el punto de revelar un nivel presumiblemente «no semiológico» en la lengua misma.

IX

El arte escapó durante mucho tiempo al análisis semiológico. Sin embargo no hay duda que todas las artes, ya sean esencialmente temporales como la música o la poesía, o básicamente espaciales como la pintura o la escultura, o sincréticas, espacio-temporales, como el teatro o las funciones de circo o las funciones de cine, están ligadas al signo. Hablar de la «gramática» de un arte no es usar una metáfora inútil: la cuestión

es que todo arte implica una organización de categorías polares y significantes que se basan en la oposición de términos marcados y no marcados. Todo arte está ligado a un conjunto de convenciones artísticas. Algunas son generales, por ejemplo digamos que podemos tomar el número de coordenadas que sirve de base a las artes plásticas y crear una distinción consiguiente entre una pintura y una pieza de escultura. Otras convenciones, influyentes o incluso obligatorias para el artista y para los receptores inmediatos de su obra, son impuestas por el estilo de la nación y del tiempo. La originalidad de la obra se ve restringida por el código artístico que domina en una época y una sociedad dadas. La rebeldía del artista, no menos que su lealtad a ciertas reglas exigidas, es concebida por los contemporáneos en relación con el código que el innovador quiere trastornar.

La tentativa de confrontar a las artes con la lengua puede fallar si este estudio comparativo se relaciona con el lenguaje ordinario y no directamente con el arte verbal, que es un sistema transformado del primero.

Los signos de un arte dado pueden llevar la impronta de cada uno de los tres modos semióticos descritos por Peirce; así, pueden acercarse al *símbolo*, al *icono* y al *indicio*, pero obviamente es ante todo en su carácter artístico donde se aloja su significancia (σημείωσις). ¿En qué consiste esta característica particular? La respuesta más clara a esta pregunta la dio en 1885 un joven estudiante de bachillerato, Gerald Manley Hopkins:

La parte artificial de la poesía, podríamos decir tal vez todo artificio, se reduce al principio del paralelismo. La estructura de la poesía es la de un continuo paralelismo (1959: 84).

El «artificio» debe añadirse a la tríada de modos semióticos establecida por Peirce. Esta tríada se basa en dos oposiciones binarias: contiguo/similar y fáctico/imputado. La contigüidad de los dos componentes del signo es fáctica en el *indicio* pero imputada en el *símbolo*. Ahora bien, la similaridad fáctica que tipifica al *icono* encuentra su correlativo lógicamente previsible en la similaridad imputada que especifica el *artificio* y es precisamente por esta razón por la que este último encaja en el

conjunto, que es ahora y para siempre una entidad de cuatro partes de modos semióticos.

Todo signo es una *referencia (referral) (renvoi)* (de acuerdo con el famoso *aliquid stat pro aliquo*²). El paralelismo aludido por el maestro y teórico de la poesía Gerald Manley Hopkins es una referencia de un signo a otro similar en su totalidad o por lo menos en una de sus dos facetas (el *signans* o el *signatum*). Uno de los dos signos «correspectivos», como los designa Saussure (cf. Starobinski, 1971: 34), remite a otro, presente o implicado en el mismo contexto, como vemos en el caso de la metáfora donde sólo el «vehículo» está *in presentia*. El único escrito terminado por Saussure durante su profesorado en Ginebra, un trabajo clarividente sobre la preocupación por la repetición en las antiguas literaturas, habría renovado la ciencia mundial de la poética, pero fue desdichadamente ocultado e incluso hoy los cuadernos de notas, que son bastante viejos, sólo nos son conocidos a través de las fascinantes citas de Jean Starobinski. Esta obra pone de manifiesto «el “acoplamiento”, es decir la repetición en números pares» en la poesía indoeuropea que permite el análisis de «la sustancia fónica de las palabras ya sea para construir una serie acústica (por ejemplo una vocal que exige su “contravocal”), ya sea para convertirlas en una serie significativa» (cf. 1971: 21, 31 ss.). Al tratar insistentemente de acoplar signos que «se encuentran naturalmente evocándose uno a otro» (p. 55), los poetas tenían que controlar el tradicional «esqueleto del código» y controlar primero las reglas estrictas de la similaridad aprobada, incluyendo las licencias aceptadas (o, para decirlo como Saussure, la «transacción» sobre ciertas variables), luego las leyes prescritas para la distribución par de unidades correspondientes a lo largo del texto, y finalmente el orden (*consécutivité* o *non consécutivité*) impuesto sobre los elementos reiterativos con respecto a la marcha del tiempo (p. 47).

El «paralelismo» como rasgo característico de todo artificio es la referencia de un hecho semiótico a un hecho equivalente dentro del mismo contexto, incluyendo el caso en que la finali-

² Algo está en lugar de algo. (*N. del E.*)

dad de la referencia es únicamente una implicación elíptica. Esta infalible pertenencia de los dos paralelos al mismo contexto nos permite complementar el sistema de tiempos que Peirce incluye en su tríada semiótica: «Un icono tiene la clase de ser que pertenece a la experiencia pasada... Un indicio tiene el ser de la experiencia presente. El ser de un símbolo... es *esse in futuro*» (IV. 447; II. 148). El artificio retiene la interconexión *atemporal* de los dos paralelos dentro de su común contexto.

Stravinsky (1942) no se cansó de repetir que «la música está dominada por el principio de similaridad». En el arte musical las correspondencias de elementos que son reconocidos, en una convención dada, como mutuamente equivalentes o en oposición mutua, constituyen el valor semiótico principal, si es que no único —«significado musical encarnado»—, según la descripción del musicólogo Leonard Meyer:

Dentro del contexto de un estilo musical particular un tono o grupo de tonos indica —lleva al oyente experto a esperar— que otro tono o grupo de tonos va a aparecer en algún punto más o menos especificado del *continuum* musical (1.976: 6 ss.).

La referencia a lo que sigue es sentida por los compositores como la esencia del signo musical. A los ojos de Arnold Schönberg, «componer es echar una ojeada al futuro del tema» (cf. J. Maegaard, 1974). Las tres operaciones fundamentales del «artificio» musical —anticipación, retrospección e integración— nos recuerdan que fue el estudio de la frase musical emprendido en 1890 por Ehrenfels el que le sugirió no sólo la noción de «*Gestalt*», sino también una introducción precisa al análisis de los signos musicales:

En las cualidades temporales formales sólo *un* elemento puede lógicamente darse en (los actos de) la representación perceptiva, mientras que los demás quedan disponibles como imágenes de la memoria (o como imágenes de la expectativa proyectada en el futuro) (p. 263 ss.).

Si en música las cuestiones de relaciones intrínsecas prevalecen sobre las tendencias de un orden icónico y son capaces de reducirlas a la nada, la función representacional, por otra

parte, ocupa fácilmente el proscenio en la historia de las artes visuales necesariamente espaciales (cf. Jakobson, 1973: 104 ss.). Sin embargo, la existencia y el gran éxito de la pintura abstracta son hechos innegables. Las «respuestas» entre las diferentes categorías cromáticas y geométricas que, no hace falta decirlo, desempeñan un papel no prescriptivo en la pintura representativa, se convierten en el único valor semiótico de la pintura abstracta. Las leyes de oposición y de equivalencia que gobiernan el sistema de categorías espaciales en una pintura ofrecen un ejemplo elocuente de similitudes imputadas por el código de la escuela, de la época, de la nación. Ahora bien, aquí, claramente, como es el caso en todo sistema semiótico, la convención se funda en el uso y la elección de potencialidades universalmente perceptibles.

En lugar de la sucesión temporal que inspira las anticipaciones y retrospectivas del oyente de frases musicales, la pintura abstracta nos hace conscientes de una simultaneidad de «correspondientes» conjuntos y entrelazados. La referencia musical que nos lleva del tono presente al anticipado o al recordado está sustituida en la pintura abstracta por una referencia recíproca de los factores en cuestión. Aquí la relación de las partes y el todo adquiere una significación particular, aunque la idea de la obra como un todo está subrayada en todas las artes. La manera de ser de las partes revela su solidaridad con el todo y es en concordancia con ese todo como emergen sus partes componentes. Esta interdependencia entre el todo y las partes crea una referencia patente de las partes al todo, y viceversa. Podemos reconocer en esta referencia recíproca un procedimiento sinécdoquico, siguiendo la definición tradicional del tropo, como la de Isidoro de Sevilla: «*Synecdoche est conceptio, cum a parte totum vel a toto pars intellegitur*»³ (cf. Lausberg, 1960: § 572). En una palabra, la significación subyace en todas las manifestaciones del «artificio».

³ Sinécdoque es el concepto por el que se entiende el todo por la parte o la parte por el todo. (*N. del E.*)

X

A manera de conclusión, podemos proponer una fórmula tautológica: la Semiología o, dicho de otra manera, la *science du signe et des signes*, la ciencia de los signos, *Zeichenlehre*, tiene el derecho y el deber de estudiar la estructura de todos los tipos y sistemas de signos y de elucidar sus diferentes relaciones jerárquicas, la red de sus funciones y las propiedades comunes o divergentes de *todos* los sistemas. La diversidad de las relaciones entre el código y el mensaje, o entre el *signans* y el *signatum* de ninguna manera justifica las tentativas arbitrarias e individuales de excluir ciertas clases de signos del estudio semiológico, como por ejemplo los signos no arbitrarios así como aquellos que, habiendo escapado a «la prueba de la socialización», siguen siendo individuales hasta cierto grado. La semiología, por virtud del hecho de que es la ciencia de los signos, está llamada a abarcar *todas* las variaciones del *signum*.

BIBLIOGRAFÍA

AVALLE, D'ARCO SILVIO

1973. «La sémiologie de la narrativité chez Saussure». *Essais de la théorie du texte*, Charles Bouazis, comp. (Paris: Editions Galilée.)

BENVENISTE, ÉMILE

1963. *Coup d'oeil sur le développement de la linguistique*. (Paris: Académie des Inscriptions et Belles-Lettres.)

BOLZANO, BERNARD

1837. *Wissenschaftslehre. Versuch einer ausführlichen und grösstentheils neuen Darstellung der Logik mit steter Rücksicht auf deren bisherige Bearbeiter*, I-IV. (Sulzbach: J. E. v. Seidel.) Reimpresión 1930-31. (Leipzig: Felix Meiner, Ed. Wolfgang Schultz.)

BRAUN, JERZY BRONISLAW

1969. *Aperçu de la philosophie de Wroński*. (Roma: Tip. P.U.G.)

CASSIRER, ERNST A.

1945. «Structuralism in Modern Linguistics». *Word* I. (Linguistic Circle of New York.)

EHRENFELS, CHRISTIAN VON

1980. «Über "Gestaltqualitäten"». *Vierteljahrsschrift für wissenschaftliche Philosophie*, XIV: 3.

EISENRING, MAX E.

1942. *Johann Heinrich Lambert und die wissenschaftliche Philosophie der Gegenwart*. (Zurich: Muller, Werder.)

GODEL, ROBERT

1957. *Les sources manuscrites du Cours de la linguistique générale de F. de Saussure*. (Génova: Librairie F. Droz.)

HOENE-WROŃSKI, J. M.

1897. «Philosophie du langage». *Sept manuscrits inédits écrits de 1803 à 1806*. (Paris: Au Dépôt des Ouvrages de l'Auteur.)

HOPKINS, GERARD MANLEY

1959 [1865]. «Poetic diction». *The Journals and Papers*, ed. por H. House. (Londres: Oxford University Press.)

HUSSERL, EDMUND

1900-1. *Logische Untersuchungen*, I-II. (Halle a. S.: Niemeyer.)

1970 [1980]. «Zur logik der Zeichen (Semiotik)». *Gesammelte Werke*, XII. (La Haya: Nijhoff.)

JAKOBSON, ROMAN

1965. «A la recherche de l'essence du langage». *Diogène*, LI. (Paris.)

1973. *Essais de linguistique générale*, II. (Paris: Editions de Minuit.)

LAMBERT, J. H.

1764. *Neues Organon, oder Gedanken über die Erforschung und Bezeichnung des Wahren und dessen Unterscheidung vom Irrthum und Schein*, I, II. (Leipzig: Johann Wendler.) Reimpresión 1965: *Philosophische Schriften*, I, II. (Hindesheim: Georg Olms, ed. Hans-Werner Arndt.)

LAUSBERG, HEINRICH

1960. *Handbuch der literarischen Rhetorik*. (Munich: Max Hueber.)

LIEB, IRWIN C.

1953. *Charles S. Peirce's Letters to Lady Welby*. (New Haven, Conn.: Whitlocks.)

LOCKE, JOHN

1694. *Essay Concerning Humane Understanding*. (Londres.)

MACGAARD, JAN

1974. *Studien zur Entwicklung des dodekaphonen Satzes bei Arnold Schönberg*. (Copenhage: W. Hansen.)

MEYER, LEONARD B.

1967. *Music, the Arts, and Ideas*. (Chicago: University of Chicago Press.)

NAVILLE, ADRIEN

1901. *Nouvelle classification des sciences. Étude philosophique.* (Paris: Alcan.)

PEIRCE, CHARLES SANDERS

1931-58. *Collected papers, I-VIII.* (Cambridge, Mass.: Harvard University, Press.) En las referencias a los *Collected Papers* las subdivisiones del texto van indicadas en numerales arábigos acompañados del número de volumen en numerales romanos y separados por un punto.

SAUSSURE, FERDINAND DE

1954. «Notes inédites». *Cahiers Ferdinand de Saussure, XII.* (Génova: Librairie E. Droz.)

1967, 1974. *Cours de linguistique générale, I. II.* Ed. crítica preparada por Rudolf Engle. (Wiesbaden: Otto Harrassowitz.)

1972. «Noto sul "segno"». Ed. por D'Arco Silvio Avalle, *Strumenti critici, XIX.* (Torino: Einaudi.)

SECHEHAYE, CH. ALBERT

1908. *Programme et méthodes de la linguistique théorique.* (Paris: Honoré Champion.)

STAROBINSKI, JEAN

1971. *Les mots sous les mots. Les anagrammes de Ferdinand de Saussure.* (Paris: Gallimard.)

STRAVINSKY, IGOR

1942. *Poétique musicale sous forme de six leçons.* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press.)

THOM, RENÉ

1974. «La linguistique, discipline morphologique exemplaire». *Critique, XXX.* (Paris: Editions de Minuit.)

